

# Lo cuantitativo y lo cualitativo

SANTIAGO GENOVES

Creo que todos estamos de acuerdo en que la situación del planeta es, hoy por hoy, bastante crítica. Basta leer los titulares de cualquier periódico o revista para constatarlo: mi-seria, muerte, contaminación, narcos, corrupción por doquier —de Estados Unidos a las ex-URSS; de Venezuela o Colombia a la ex-Yugoslavia, pasando por España, Inglaterra, Italia y un interminable etcétera.

Nada podemos hacer, que yo sepa, los comunes de los mortales. Constituiría una tonta megalomanía de mi parte sugerir, aquí y ahora, soluciones. Nuestro país no es excepción; si la situación del planeta es, pues, bastante crítica, la de México es "critiquísima", y aquí, en nuestro país, sí podemos y debemos hacer algo. Lo he sugerido, de palabra, y por escrito ya en varias ocasiones. Se me ha dicho, privada-mente, también por escrito y de palabra en múltiples ocasiones: "Si, Santiago, por ahí, por ahí va la cosa", y como suele suceder, "la cosa" ha que-dado ahí. Insisto, pues, de nuevo, ya que se trata de este país: el nuestro.

Desde las enormes e innegables ventajas y comodidades que se instauran y logran a partir de la revolución industrial, de hace apenas doscientos años, nos hemos ido, en prácticamente todo el orbe, por valorar lo cuantitativo; lo que se puede, materialmente, medir, pesar, calibrar. Es el triunfo de la magnífica ciencia que, desde su inicio y auge, se fue deshumanizando. Es el auge del "here and now", que pose-yendo indudables aportes, no posee verdadera trascendencia.

Aterricemos, para no perdernos, en México. A pesar de intensa oposición, nos unimos al TLC. Desconozco, des-conocemos sus intrínfulis. No obstante, es a todas luces evidente que constituye asociar a un peso pesado (Estados Unidos) con un peso mosca (nosotros).

"Qué es el hartazgo de un enano; el hambre de un gigante", B. Gracian. No: no somos enanos; sin embargo, económico-financieramente somos muy pequeños, y el TLC es un tratado comercial y no así de cultura, ideas, pensamientos, tradiciones, intrínsecos valores, etcétera.

También bajo incesantes críticas, pasó el paquete gubernamental financiero-económico. Sin él, al parecer, hubiésemos caído en un caos financiero-económico, en la bancarrota, aunque había, o hay, otras opciones (Brito, Dornbush, Castaingts Teillery y un sinnúmero de economistas nacionales y extranjeros).

¿Cuál está siendo el resultado? Recesión, inflación, miles de micro o medianas empresas en quiebra o desaparecidas, más de medio millón de desempleados en los últimos meses, más lo que venga.

Todo, todo ello, debido a planes gubernamentales, anteriores o actuales, financiero-económicos de orden cuantitativo. La pregunta obvia es: ¿Y el hombre, el hombre al que

buscaba Diógenes con un candil, dónde está? La respuesta es: "en la miseria", y "un país que pierde la capacidad de alimentar a su pueblo pone en juego su soberanía".

El señor presidente Zedillo integra su gabinete con los mejores hombres y mujeres, los más ad hoc, que cree poseer. Equivocado o no, él piensa, pensó, que son los más adecuados. Supongamos, concedamos que lo son, para integrar el gabinete. Ninguno, no obstante, ha demostrado ser sabio, ni puede serlo. No poseen, dicho con todo respeto, la experiencia, la edad, los integrados conocimientos para ser, objetivamente, calificados como tales. Así, por ello y de por sí, han resuelto, o están en vías de resolver los intrinca-dos problemas financiero-económico cuantitativos a mediano o a largo plazo. Los que se miden en dólares, nuevos pesos, banca, BMV, deuda externa e interna, financiamiento, Tesobonos, etcétera. ¿Y la otra mitad? ¿Y lo psico-sociológico-histórico-humanístico quién lo resolverá?

Hace unos pocos años, inmerecida-mente, me encontré entre un grupo de sabios en Venecia. Eramos diez y nueve. Tres Nóbel de Ciencia y otros — educación, matemáticas, bioquímica, astronomía— que por ahí andaban. ¡Ah!, pero también, gran poetisa, dos filósofos, el director del Centro en París para "el estudio de lo imaginario", el presidente de la Asociación Mundial de Críticos de Arte, entre otros. A cual más sabio. Se llegó a la Declaración de Venecia que, en clara síntesis, nos dice que, para el progre-so, Ciencia, Arte, Tecnología y Tradiciones tienen que ir entrelazadas desde abajo. Reuniones posteriores (Vancouver, París) más una próxima en Tokio, van en la misma dirección (participé en las tres, estaré en Tokio).

Bajo esa clara perspectiva (mi utópica no), de utópica sugerencia (y pronto se celebrará en Portugal el primer encuentro internacional sobre Utopía, que versará sobre el tema, no sólo como sueño o proyecto, sino también como algo intrínseco a la condición humana y como base de la aparición del hombre y de su supervivencia) es que reúna, el señor presidente Zedillo, durante cuatro o cinco días, a hombres y mujeres de gran calidad, independientes, de indudable prestigio que, aunque no se encuentren en el gabinete, sí son, sin duda alguna, grandes mexicanos que, sabios o casi, pueden dar luces, sugerencias y proposiciones, más cualitativas que cuantitativas, para el real progreso del país. ¿Quiénes? Habrá otros, otras, desde luego, pero ahí van unos cuantos nombres: Edmundo O'Gorman, Sergio García Ramírez, Josué Sáenz, Martha Robles, Gastón García Cantú, José Sarukhan, Griselda Álvarez, M. Méndez Acosta, Jaime Labastida, la China Mendoza, J. J. Sánchez Sosa, Víctor Urquidi, los tres Césarman, Rogelio Díaz Guerrero, los dos González Casanova, Ricardo Garibay, Néstor de Buen, Leopoldo Zea, Luis Villoro, Ruy Pérez Tamayo, Rodolfo Stavenhagen, Andrés Henestrosa, José Luis Martínez, Gabriel Zaid, Marcos Moschinsky.

¿Es que estos grandes mexicanos no podrían contribuir, de manera clara, a integrar un plan de acción mucho más redondo y cabal que el surgido sólo del gabinete presidencial?.